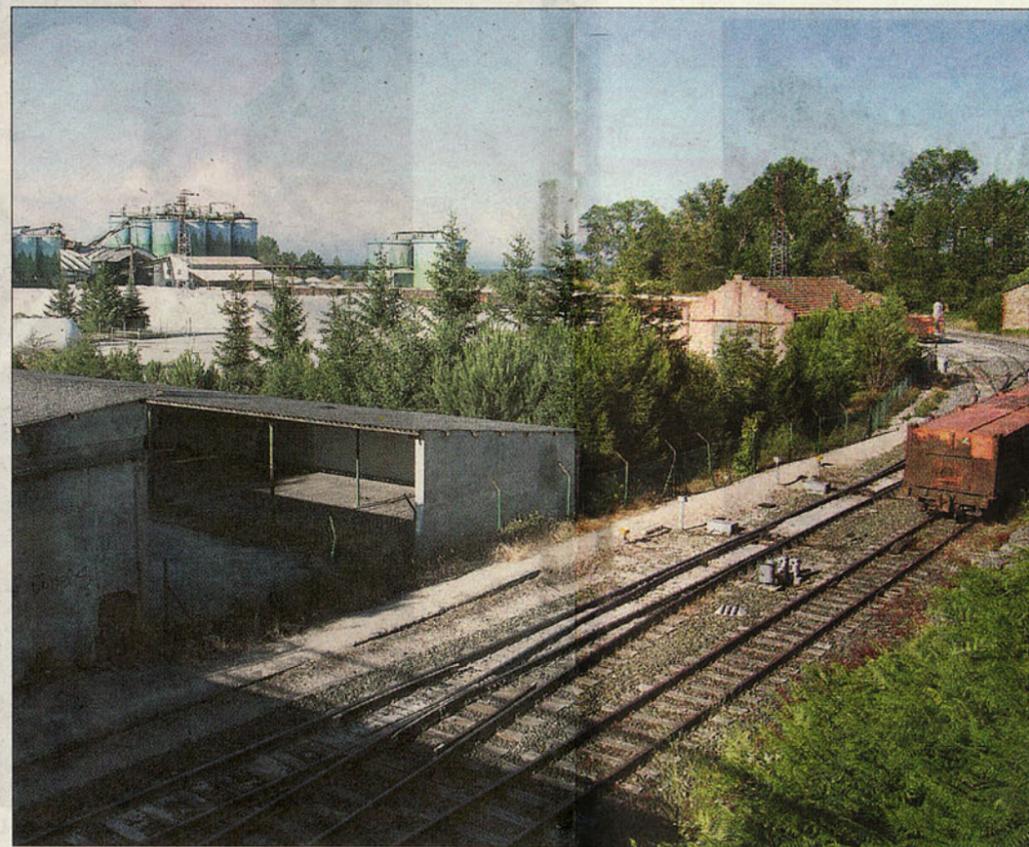




Parte de la localidad burgalesa de Arija quedó sumergida. En la imagen, playa del embalse del Ebro en la localidad de Arija. / RICARDO ORDÓÑEZ



Fábrica de arena de Arija, localidad burgalesa bajo el embalse del Ebro. / R. ORDÓÑEZ

Arija: memoria sumergida en aguas del Ebro

Se cumplen 61 años de una obra que acabó con los sueños de miles de vecinos de Burgos y Cantabria

L. SIERRA / ICAL / Burgos
Una parte de la localidad burgalesa de Arija desapareció en los años 50. La construcción del embalse del Ebro borró del mapa uno de los barrios más importantes del que en los años XX era uno de los municipios más ricos de toda la provincia. Su cercanía con tierras cántabras y el desarrollo industrial puesto en marcha en esta población propició que alrededor de 5.000 personas se instalarán a comienzos del siglo pasado en Arija. Muchos de los que se asentaron en este municipio lo hicieron en el barrio de Vilga, anegado por el pantano.

En el límite con Cantabria, Arija es hoy una localidad de veraneo a la que acuden extranjeros y muchos vecinos del País Vasco y Cantabria que han fijado en este lugar su segunda residencia. Poco queda de la esencia industrial que convirtió a este lugar en un enclave estratégico del trazado ferroviario Bilbao-La Robla, ni de los mil obreros que a día

El Gobierno no cumplió ninguna de las promesas que hizo a los afectados

rio se desplazaban desde distintos puntos de la comarca para acudir a su puesto de trabajo en una de las fábricas más importantes de los felices años: Cristalería Española. El agua se lo llevó todo.

Los primeros documentos los

que se idea una política de regulación de las cuencas hidrográficas para evitar las crecidas e inundaciones de las aguas del río Ebro datan de 1912. En aquel momento se barajó la idea de almacenar el líquido del río Virga y construir un gran lago en el páramo, aunque después aquella propuesta quedó desterrada para dar paso a la faraónica obra que sería inaugurada a finales de los 40. El proyecto se presentó en Zaragoza en 1913 y contemplaba un embalse en la cabecera del Ebro.

La noticia cayó como un jarro de agua fría entre los vecinos de las poblaciones afectadas. El proyecto suponía la desaparición de las poblaciones burgalesas de Quintanilla, Medianedo y La Magdalena, así como la localidad cántabra de Quintanilla de Bustamante. Afectó también a otros municipios como Las Rozas, Renedo, Villanueva, Llano, Orzales, Quintanamán, La Población y Arija, que vio desaparecer uno de sus barrios más boyantes. Aunque la intención inicial fue emplazar el embalse en el Valle de Valderredible, la porosidad de los materiales provocó que los arquitectos del proyecto decidieran ubicarlo en el entorno de Arija, entre Burgos y Cantabria.

Las obras comenzaron a ejecutarse en 1917 pero la promulgación de la II República y los vaivenes políticos de antes y después de la Guerra Civil produjeron parones en las obras, que no fueron culminadas hasta once años después del inicio de la guerra. El resultado, desolador. Alrededor de 6.200 hectáreas fueron anegadas haciendo desaparecer tres poblaciones enteras. En total, más

de 300 casas, ocho iglesias y dos ermitas, según los datos de la época recogidos por historiadores del momento.

Vecinos de aquellas aguas

Blanca Gómez Mata nació en Arija en 1928, en una casa situada en el barrio donde hoy se instala un vistoso club náutico que hace las delicias de los veraneantes. Con ella, su hermano, César, cabeza de familia al morir el padre de ambos en la Guerra Civil. «Vivíamos con nuestra madre y otro hermano en una preciosa casa donde se encontraba la farmacia», recuerda Blanca a Ical, visiblemente emocionada. «Era el barrio más bonito de todo Arija».

Ella tenía diez años y César ocho cuando tuvieron que dejar sus casas. «Nos obligaron a marcharnos para venirnos a otro barrio de Arija en los años más duros que podemos recordar. La guerra nos quitó todo y después el embalse nos robó nuestras casas», destaca César. En el recuerdo, aquellas tardes en el club social o el sonido del saxofón con el que ambos añoran a su padre, un miliciano republicano. «Arija era todo y más, rica no, riquísima», añade Blanca.

Con cinco céntimos de sustento diario y tres bocas que alimentar, la ma-

dre de ambos fue reubicada en una nueva vivienda. «Nos prometieron de todo y no cumplieron nada. La gente que perdió sus tierras se quedó sin ellas y con el ganado pasó lo mismo. Aprovecharon nuestra desgracia para lucrarse», denuncia César, quien recuerda como el embalaje se construyó con el sudor de cientos de presos republicanos.

«Éramos muy pequeños pero nos acordamos de todo», indica ella des-

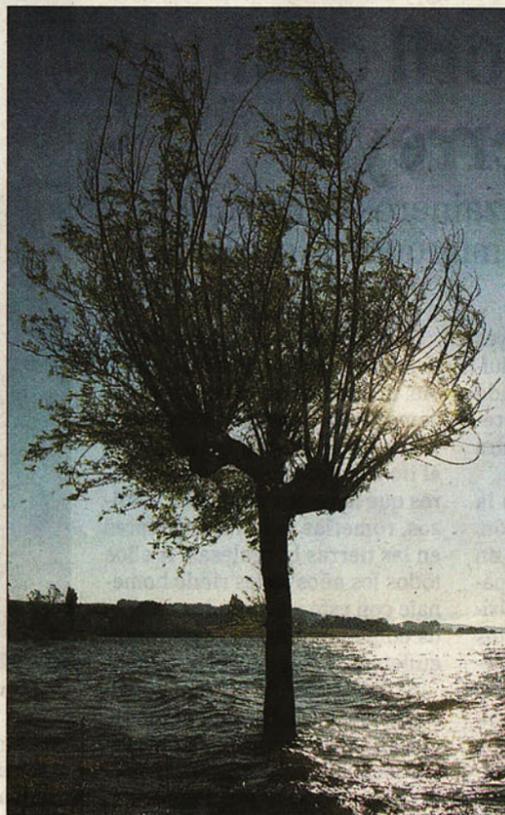
de su casa en Arija, donde pasa todos los veranos, pues ahora vive en Asturias. Allí fijó su residencia a los pocos años de inaugurarse el pantano. También su hermano César, a quien acompañó a la región vecina después de que Cristalería Española cerrase su fábrica de Arija y reubicase a la plantilla en Avilés.

«Cuando pasó lo del pantano no tuve otra que ponerme a trabajar y me cogieron en Cristalería. Allí estuve hasta que nos mandaron para Avilés. Se ganaba bien y encima nos mandaron con casa para Asturias», anota César.

El 6 de agosto de 1952, Franco se trasladó para proceder a la inauguración del pantano. Su imagen apareció en los periódicos, aquel jueves 7 de agosto, en el que vecinos de Burgos y Cantabria vieron en publicaciones como Diario de Burgos y La Voz de Castilla al dictador con traje de almirante sobre la presa del pantano, muy cerca de Arija, en la localidad de Arroyo.

Expolio

La inauguración del pantano del Ebro no mejoró la vida de los vecinos de Arija. Al contrario, supuso la decadencia de un municipio que vio mermada su capacidad ganadera y agrícola, así como la industrial. El cierre y traslado de la industria que con tanto esfuerzo levantó Arsenio Brachott, Cristalería



Un árbol asoma en el embalse del Ebro. / R. ORDÓÑEZ

Española, en los años 50, dio paso a una caída de naipes que hizo desaparecer clubes, cafés y demás servicios.

Asimismo, el Gobierno no cumplió ninguna de sus promesas con los vecinos de las poblaciones afectadas, más de 1.620 personas. Las tierras expropiadas nunca se compensaron por otras, ni se prolongó la línea del ferrocarril de La Robla hasta Reinosa como para facilitar las comunicaciones.

La falta de oportunidades propició el abandono de muchos vecinos de Arija, que probaron suerte en Reinosa, Torrelavega, Santander y el País Vasco. Fueron pocos los que se quedaron, lo que provocó un descenso más que notable de población en los años 60 y 70, coincidiendo con el éxodo a las capitales.

Arija es hoy una dinámica población que ha sabido aprovechar el tirón del embalse con la construcción de una playa artificial, un embarcadero y un club náutico. Atributos que la convierten en un atractivo para vecinos del norte de España. Asimismo, su economía se fundamenta en la actualidad en la industria extractiva y en el sector servicios, con la presencia destacada de Arenas de Arija, donde trabajan alrededor de 40 personas.

Poco o nada queda de aquella localidad de 5.000 habitantes. Sí sus recuerdos, los que pese a los 540 millones de metros cúbicos de agua no han podido borrar las personas que pueden decir que vivieron en dos 'Arijas', la que se diluye en las aguas y la que espera con paciencia la llegada de los turistas cada verano.